

El monstruo de siete cabezas en Barrio Triste

ALFONSO BUITRAGO

Alfonso Buitrago, estudiante de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, escarba en esta gran crónica en las profundidades de Barrio Triste, un submundo donde nacen y sobreviven seres como Jennifer, la protagonista de esta historia, aferrada a una botella de sacol desde su infancia.

PRIMERA PARTE:
MÁS ALLÁ DEL METRO.

“Es un barrio, no hay duda. Un barrio que se arma todas las noches y todas las mañanas desaparece como por encanto. Sus habitantes, hombres, mujeres, muchachos, gamines, jíbaros, locos, prófugos, prostitutas, comparten un nombre que la ciudad escupe sobre ellos, como una metáfora del desahucio: desechables. Pero ese bautizo pronunciado tal vez con el discreto orgullo de pertenecer a la ciudad obediente y trabajadora no tiene para ellos ningún ardor bilioso. También comparten el jaleo del bazuco que es el rey, el amo del barrio, de su noche y su zozobra”.

Carlos Sánchez.
El Contrasueño.

Cuando llegué al bar, el tal *Papá Giovanni* estaba sentado en una silla plástica. Tenía el cuerpo echado hacia atrás, los brazos cruzados sobre una pequeña barriga y las piernas estiradas, como un costeño cuando espera el atardecer en una mecedora de mimbre.

Sin embargo, el paisaje no era una playa blanca con

el mar entintado del último rojo del sol ni personas bronceándose y desfilando con sus cuerpos semidesnudos, sino una hilera de carros descompuestos con mecánicos esculcándolos por dentro, locales de repuestos con fachadas de ladrillo carcomidas y mal pintadas y talleres de mecánica atestados de partes de vehículos y de herramienta regada por el piso. Además, la tarde apenas iba por la mitad.

Pocos minutos antes, cuando yo averiguaba por las famosas *Cuevas* de Barrio Triste, Jader, el mensajero de una fundación de comerciantes¹ del sector me había dicho: “Yo lo voy a llevar donde una persona que le puede servir”. Por fin alguien se atrevía a decirme algo concreto. Siempre que preguntaba por ellas me contestaban evasivamente: “Eso queda por allá... después del Metro”, con un dedo alzado y encorvado como tratando de brincarse la línea del tren.

Llevaba varias semanas recorriendo el barrio antes de encontrarme con Jader. Salía temprano por las mañanas y cogía el Metro en

¹ La Fundación de Comerciantes del Corazón de Jesús (CORAJE), se creó en 1989 y su primer gran objetivo era defender el sector de la delincuencia. Hoy la Fundación trabaja por convertir al barrio en el centro comercial, industrial y de servicios más grande de la ciudad, lograr la estabilidad laboral de más de 7000 empleados y recupera el espacio público.

la estación Santa Lucía y cuando el tren se acercaba a la estación Cisneros, tenía el primer contacto con el sector del Corazón de Jesús o, más común y realmente, Barrio Triste.

Desde lo alto se podían ver todas las edificaciones, y lo único que había allí de un barrio tradicional era la iglesia del Sagrado Corazón. Las casas eran fábricas madereras o textileras, talleres de mecánica industrial o automotriz y locales de venta de repuestos de carros, y las calles, parqueaderos o talleres improvisados. Lo único parecido a un parque era una pequeña glorieta con tres palmeras en donde los niños jugaban a lavar tornillos y piezas de carburadores en cubetas de gasolina. Aunque no parecía un barrio, sí vivía gente.²

Debo decir que no me era totalmente extraño el barrio, es más, creo que mi inquietud hacia él la heredé de mi padre. De pequeño, yo también jugaba con tuercas y pedazos de carburadores de los carros destartados que mi papá llevaba a arreglar. Todavía hoy, tiene otros carros destartados y no sale de allá, como no saldrá ningún otro para quien su carro es su vida y la de su familia.

El panorama siempre era el mismo: carros dejándose

esculcar por las manos inquietas de los mecánicos, mensajeros corriendo con repuestos en las manos, niños comenzando sus juegos de gasolina o vendiendo cigarrillos, personas vestidas de grasa, vendedores de guanábana y salpicón pedaleando sus triciclos, carretilleros llenos de frutas o de verduras, señoras en las esquinas cocinando a la intemperie, como si eso también fuera un taller, y carperos remendando interminables tapetes de lona.

Después de recorrer varias cuadras tomaba alguna fotografía: a la iglesia, tan gótica; al Edificio Inteligente de las Empresas Públicas de Medellín, asegurándome de que también se viera el edificio de ladrillo mohoso; a la señora que hace arepas con pecas de carbón en una esquina; a los niños jugando al futuro en carros de rodillos...

Todavía no hablaba con nadie: el problema está en el Plan de Ordenamiento Territorial —POT— o Acuerdo 038³, me decía. Entonces, lo que tenía que hacer era conseguir una entrevista con algún comerciante, ir a las instituciones y recoger datos, datos, datos. Doña Magdalena, una señora que se vino de Segovia sacada por la violencia a buscar vida en Medellín, comenzaba a

ayudarme: “Yo llevo en esta esquina como dos meses, eso hace que una hermana me prestó \$100.000 para comprar el derecho a estar aquí, el cajón y las olla para vender comida”. Y luego, como si supiera mi necesidad, continuó: “Una arepa vale \$200 y un sancocho sin carne \$1500”. Más adelante, don Humberto, *El Barbado*, también contribuyó: “Yo llevo más de veinte años aquí en la calle, metido debajo de los carros. Con esto sostengo a mi familia, de aquí no me pueden sacar”.

De todas formas no era suficiente, por eso fui a CORAJE. Allí, Sonia Vásquez, la directora de la Fundación, comunicadora de la Bolivariana, ex candidata al Concejo de Medellín y ex candidata a la Cámara de Representantes, me embriagó de cifras.

En un momento llovían sobre mí y el escritorio, estudios, recortes de periódicos y entrevistas. “El Plan de Ordenamiento Territorial prácticamente va acabar con la vida comercial del barrio”, leía en los periódicos las palabras de Sonia Vázquez. “No quieren respetar los usos tradicionales del suelo”, complementaba ella con su voz. Había que defender el barrio y para ello la fundación contaba con un minucioso estudio⁴.

² Barrio Triste tiene una zona particularmente problemática, en donde se concentra la mayoría de sus habitantes en una convivencia diaria de inquilinatos, industria y comercio. Además, ese punto se ha convertido en el refugio de un alto número de la población indigente de Medellín. Son cuatro manzanas ubicadas en el costado suroccidental, recostadas contra la oreja del puente de la avenida San Juan sobre el río Medellín, entre esta avenida y la calle 45 y entre la avenida del río y la carrera 59.

³ El POT, es el conjunto de objetivos, directrices, políticas, estrategias, metas, programas, actuaciones y normas tendientes a orientar y administrar el desarrollo físico y la utilización del suelo. Define a mediano y largo plazo el modelo de ocupación del territorio y establece las acciones necesarias para su adecuada ocupación.

⁴ Estudio socioeconómico del barrio Corazón de Jesús.

Busqué *Las Cuevas* entre tanto número y no las pude encontrar, entonces intenté con la historia: El culpable de tanta actividad comercial en el barrio fue el Ferrocarril de Antioquia y todo el transporte que se concentraba en Guayaquil, alrededor de la estación Cisneros.

En sus principios era conocido como barrio Los Libertadores y estaban en la zona el cobertizo en donde reparaban los tranvías, la planta de leche municipal,

la Plaza de Ferias y el Cuerpo de Bomberos, junto con talleres de ebanistería. En los años 60 comenzó a llegar el comercio y el sector se llenó de almacenes de repuestos, talleres de mecánica y vendedores ambulantes.

La primera gran edificación del barrio fue la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, hoy patrimonio arquitectónico de la ciudad, que por mucho tiempo acogió a las altas clases sociales para celebrar matrimonios.

El nombre de "Barrio Triste" surgió cuando, a la par con la proliferación de almacenes y talleres, se llenó de bares, casas de prostitución e inquilinatos. Llegaron personas de otros municipios acostumbradas a las actividades delictivas y la gran cantidad de gente que visitaba el barrio lo hacía con temor, en especial, por el robo de vehículos, de equipos y herramientas.

Después de la historia: ¡Nada! ¡Nadie sabe nada, nadie quiere saber nada! Salí de CORAJE y me puse a conversar con doña Gilma, *La Mona*, una vieja de 66 años, aguardientera y parlachina, que hace más de

treinta años vende aguardiente en los bajos de la Fundación.

— *Mona*, ¿dónde quedan las tales *cuevas*? —le dije, decidido a no aceptar otra evasiva.

—Aaaay, mi amor —me respondió, entre sorprendida y confundida, con un montón de gestos. Pero resuelta a ayudarme, se levantó del butaco de madera y le gritó a un muchacho que pasaba en bicicleta: ¡Jaaaadeeer, vení!

—Quiubo *Mona*, ¿qué pasa? —respondió el joven intrigado.

—Oíste vos, ¿dónde es que quedan las benditas *cuevas*? —le dijo. —Lo que pasa es que este muchacho quiere ir —añadió cogiéndome el brazo.

SEGUNDA PARTE: LA NIÑA DE LA BOTE- LLA

Interpretando la sombra.

*Fiel a mi adolescencia sigo
pregonando/Que los delirios
conduzcan la historia/Soy
una tijera de placer interpre-
tando/La sombra blanca de
unas pupilas/Dementes de
oficio/Aseo el día que entra en
pantaloneta/Baño los pensa-
mientos de muletas hereda-
das/Que me llenan de mali-
cia/ Y me ayudan a respetar
cada batalla/Del vecino de
pestaño prohibido persi-
guiendo/El cohete pillo de la
subsistencia/Con la mente
descalza.*

Helí Ramírez. *Golosina de Sal*.

Giovanni estaba recostado en la silla plástica en la entrada de un bar. Era un hombre robusto, de brazos

gruesos y piel morena y aunque tenía puesta una gorra de *New York*, se le escapaban algunos crespos que le poblaban la frente. Su cuerpo se explayaba como en una mecedora, vestía unos bluyines no muy usados, unas botas de cuero negras y una camiseta sin mangas. En el hombro derecho tenía un tatuaje, que él describió simplemente como: "un trabajador con overol sosteniendo una rosa con el brazo levantado".

Me atendió y me hizo subir por unas escaleras que estaban al lado izquierdo del bar. Arriba, abrió una puerta y entramos en un cuarto de unos tres por cuatro metros. En el fondo, encima de una repisa, había una gran fotografía en donde aparecía él abrazado con *Lady*, la protagonista de la película de Víctor Gaviria *La Vendedora de Rosas*.

En un colchón estaba sentada una niña. Cuando sintió mi voz retiró la boca de una botella de pegante que tenía en las manos y levantó la mirada. Sentí que sus ojos me miraban como si yo fuera una ilusión y de esa forma, como si realmente hubiera visto algo sin importancia, volvió tranquila a inclinar su cabeza hasta que los labios besaron el pico frío de la botella. Traté de calcular su edad y mis cuentas no me daban más de nueve años, ¡cuál no sería mi sorpresa cuando me revelaron la verdadera!

Las paredes del cuarto eran de madera, pintadas con una combinación impensable de verde y rosado; en la repisa se veía un *Almanaque Mundial de 1970*, un *Nuevo Testamento*, un libro

de *Citas del Presidente Mao*, *No nacimos pa' semilla* de Alonso Salazar y otros libros desempastados a los cuales no se les podían ver los títulos. También había un escritorio y un tocadiscos, de esos que son una caja metálica con perilla para el dial y con tornamesa incorporado.

En una pared unos rayones de lápiz pretendían ser un dibujo de Cheo Feliciano y en una esquina había un dibujo de Medellín hecho con temperas y clavado con jeringas: "Es Medellín con tuberculosis", me dijo y más abajo se veía una fotografía de medio formato de una niña de pelo corto recostada sobre la reja de un local de repuestos y con una botella de pegante entre los labios: "Esa es Jennifer", añadió mirando a la niña que estaba sentada en el colchón.

Por todo el cuarto había leyendas escritas con marcadores: "Papá Giovanni, nunca cambies, todos te queremos", "no sabes cuánto nos has enseñado". Otra pared estaba tapizada con fotografías en blanco y negro de niños que reían en sus brazos y gente del sector, "gamincitos" y "loquitos", como él los llama.

Nos acomodamos en el cuarto como para una charla más larga. Él, en una vieja silla reclinomática de cuero y yo en el colchón junto a la niña, que continuaba con la cara apoyada sobre la botella de pegante. Sus ojos, lelos óvalos como canicas de cristal, miraban perdidos al frente. Yo pensaba: todo lo debe ver como el fondo amarillo y viscoso del pegante, un mundo amarillo y gelatinoso, sin formas ni

contenidos. ¿Estaba ella verdaderamente ahí, sentada con nosotros? ¿o era otro ornamento del cuarto, un ser humano embalsamado, una niña de seda testigo de una ciudad sin...?

Unas hebras de cabello jugaban con las pecas de su cara, el vestido de flores ajustado le marcaba los huesos de las caderas y sus brazos daban la impresión de no poder sostener ni siquiera la botella que tenía en las manos.

Extendí mi mano para saludarla y iqué he hecho, por dios! Fue como si hubiera despertado un volcán tras cien años de calma, como despertar un mago maligno de una lámpara, pero ella salía de la botella de pegante. Sus ojos se llenaron de fuego y pude ver claramente la profundidad de sus ojos negros, sus párpados enrojecidos, la flaqueza de sus brazos volverse hierro, vi mucha rabia al desconocido y también... mucha tristeza. Retiré mi mano asustado y con disimulo volví a hablarle a Giovanni.

PAPÁ GIOVANNI

—Yo soy Papá Giovanni y llevo más de 18 años "voltiando" en Barrio Triste. Tengo 31 años, tres hijos, vivo en el Barrio El Diamante, mi mamá se llama Morelia y mi papá Óscar, tengo dos hermanos, pero uno se murió en un accidente de tránsito, soy técnico de clutch y tengo este taller de mecánica —alzó el brazo y señaló un local al lado del cuarto: *Taller Morey*—. ¿Qué más necesita?

Miré la fotografía en donde abraza a *Lady* y le

pregunté: ¿Usted participó en esa película?

—Claro, ¿usted no se la vio? Yo soy *Papá Giovanni*, el que va en el carro viejo a recoger a *Marta*, el que va con el niño quemado y lo lleva al hospital.

En el tocadiscos una canción luchaba por salir nítida de los bafles, la niña seguía ahí, testigo mudo. La cinta del casete se deslizaba en la grabadora de periodista y lo que siguió fue un monólogo de la vida de Giovanni:

"Mi vida se desarrolló en los barrios más duros de Medellín, en Guayaquil y el Pedrero. Fui un niño cuidado por mi mamá, porque mi papá no estuvo con nosotros en esa época y también fui un niño arrullado por prostitutas y gamines y fue ahí, creo yo, en donde nació ese don de estar con los niños y la gente de la calle, ellos para mí son como mis hijos, son mi segunda madre, son todo. Es tanto que Beatriz, la mamá de dos de mis hijos, me dice, cuando se queja porque me mantengo en la calle: 'Usted está haciendo de los indigentes gente y de mis hijos indigentes'. Yo no fui habitante de la calle, porque mi mamá pobremente nos podía sostener, pero sí estuve en ese mundo la mayor parte de mi vida. Cuando tenía cuatro años me robaba los panes del lugar en donde trabajaba mi mamá para dárselos a los loquitos; a los nueve o diez años me fui de la casa por cosas más, porque yo quería vivir más experiencias pero no aquí en Medellín, sino en otras ciudades. Fui gamincito en Cartagena, por allá por las playas de Marbella, estuve

en Pereira, fui gamín en Bogotá y conocí la Calle del Cartucho, allá fui recogido por una familia muy amable. Luego de estar loquiando en las calles, a la edad de 13 años volví a Medellín y entré a la delincuencia en el barrio El Diamante, que fue la cuna de los sicarios. Yo no era el sicario aquel mencionado, más bien era un miedoso que siempre miraba desde las tribunas, pero siempre empapado con ellos. A los 13 años tuve moto y ya manejaba pistolas, tenía una calibre 25mm, que hoy sería una 9mm si hubiera seguido en ese mundo. Delinqué hasta los 17 años, pero no sólo robaba, a mí también me gustaba trabajar y con don Jorge Vargas, en Barrio Triste, aprendí a ser lo que soy ahora: Técnico de *clutch*. Antes de cumplir 18 años nos cogieron atrancando una droguería y caí a la cárcel. La cárcel fue una experiencia muy difícil, pero aprendí y conocí gente muy linda, allá estuve casi un año y cuando salí se me metió en la cabeza que debía ayudarle a mi mamá y a las personas necesitadas. Entonces me fui para Barrio Triste a hacer lo que sabía”

—*Papaaá Giovaanaanni*— se escuchó un grito que venía del bar.

Giovanni se levantó y pidió permiso para bajar, la niña igualmente levantó su cuerpecito y le siguió los pasos. De mi parte, no me quise quedar solo en el cuarto, entonces bajé al bar, pedí una cerveza y me senté igual a como había encontrado a *Papá Giovanni*. Dije que parecía un costeño esperando un atardecer y así

estaba yo, recostado, con los pies estirados, con una cerveza en la mano y, para acabar de completar el cuadro costeño, en el bar sonaba un vallenato.

El bar se llamaba *La Rosa* y estaba sobre la calle 44^a con carrera 60. Al frente abundaban almacenes que venden repuestos de segunda para carros. A las fachadas de los locales les escurrían las humedades, las tejas estaban a medio poner y la pintura, por más que se esforzaba, no escondía el deterioro de las edificaciones. Además, eran una mezcla de avisos y colores que no ayudaban mucho al decorado. Allí, la estética se fruncía ante los arrebatos de los propietarios de los locales —por lo general llevan más de veinte años en el barrio y han venido de los pueblos de Antioquia— y caía rendida ante las brochas asesinas que escribían en todas las paredes: *Carburadores Nacional, Reparación e instalación de parlantes, Sólo Compresores, Centro del Clutch, Ejes, Repuestos Speed, Taller Industrial Ruiz, Ferretería, Servicios de Torno*.

Al frente mío había dos mecánicos reparando un microbús, uno estaba tendido en el piso y el otro intentaba zafar una rueda delantera; pasaban niños con sus ropas mugrosas y también una señora vendiendo chance. La acera terminaba en un desagüe de aceite, grasa quemada y gasolina en el que flotaban pedazos de tomate, cáscaras de naranja, papeles, bolsas plásticas y miles de colillas de cigarrillos.

Seguía sentado en la entrada del bar y la gente

continuaba pasando. Pasó un embolador cabizbajo con su caja de madera debajo del brazo, un trabajador que seguramente iba en búsqueda de una pieza por tres o cuatro mil pesos, pasó un mendigo sin camisa y un loquito con su costal al hombro, también una mujer borracha con una botella de alcohol debajo del brazo y vendiendo bolas de mariguana a mil; igualmente una niña muy altiva de pechos insinuantes que seguramente terminaría atendiendo la barra de algún bar.

Tomé mi libreta de apuntes y escribí: “Aquí, la calle no sólo es calle: es taller, es vivienda, es subsistencia, es trabajo y comida, descanso y guarida, compañía y protección. En las esquinas se vende raspado, piñas, aguacates, tomate, cebolla, papas fritas, refrescos, perros calientes con avena, salpicón, una chunchurria que se puede oler en varias cuadras a la redonda, desayunos y hasta almuerzos completos: sancocho, sudado, sopa, carne. La imagen que mejor puede describir lo que estoy viendo es un día de mercado de un pueblo antioqueño”. Estaba en esa labor cuando Giovanni regresó:

—¡Vení a ver hombre! — me dijo.

La noche comenzaba a caer y en la calle comenzaban a brillar, con la luz del alumbrado público, miles de tapas de gaseosa, tuercas, tornillos, pedazos de hierro y de aluminio que con el tiempo, la grasa y el calor han ido tapizando el asfalto. Ni siquiera de gusto, ni con la creatividad de las Empresas Públicas para hacer alumbrados, hubieran

logrado darle el aspecto que tienen esas calles cuando cae la noche.

—Vení que te voy a mostrar lo que es este barrio —me dijo, tomándome por el hombro—. Mirá esas calles: sí o no que parecen como un cielo estrellado —añadió, cargando la frase de poesía o quizás recordando una vieja traba de marihuana.

TERCERA PARTE: LAS CUEVAS DE HUMO

“He visto el modo exacto en que actúa el virus de la droga a lo largo de quince años de adicción. La pirámide de la droga: cada nivel devora al de abajo (no es casualidad que los de arriba sean siempre gordos y los adictos de la calle siempre flacos) hasta el punto más alto, o los puntos más altos; porque hay muchas pirámides de la droga alimentándose de las gentes del mundo...”

Los drogadictos son enfermos que no pueden actuar más que como actúan. Un perro rabioso no puede sino morder. Adoptar una posición puritana no conduce a nada salvo que se pretenda mantener el virus en funcionamiento”.

William Burroughs. *El Almuerzo Desnudo*

Caminamos hasta la esquina de la calle 42A y doblamos sobre la carrera 60. Dimos unos cuantos pasos y se podía ver personas que entraban y salían de una pared. Nos seguimos acercando y también se veía un humo denso como si la pared fuera una fumarola y se sentía un olor dulzón que cada vez se hacía más fuerte, al igual que las miradas de la gente a mi alrededor.

—Todo bien, que viene conmigo —decía Giovanni al tiempo que seguía caminando y saludando. Nos detuvimos en el sitio donde salía y entraba la gente. Era la entrada de un pasaje de unos veinte o treinta metros de largo entre los muros de dos locales de venta de repuestos. Aunque el humo envolvía la poca luz que había y todo se tornaba nuboso, desde afuera se podía ver un pasillo estrecho lleno de gente y al lado derecho de éste puertas y ventanas como si en alguna época el lugar hubiera sido un inquilinato. De hecho lo seguía siendo, pero con otros aspectos adicionales.

No cualquier persona podía entrar a ese pasaje, era necesario reunir ciertos requisitos y yo, ciertamente, no los cumplía.

—Recuerde que si le preguntan, usted dice que viene conmigo y que me está ayudando hacer un censo para la Secretaría de Salud —me dijo Giovanni mirándome fijamente.

—¿Estas son *Las Cuevas*? —le pregunté.

—Sí, hermano y sobre esta carrera, unos 50 metros más adelante, hay otra. Venga entremos aquí primero.

Eran más o menos las siete de la noche y ahí estaba yo, parado al frente de ese lugar más allá del Metro. Había un primer pasillo de unos cinco metros, por dos de alto y dos cuerpos de ancho, era como la antesala a un fortín, un túnel de acceso oscuro y pantanoso. Dimos unos pasos al interior y una galería de rostros se me vino encima; aturdido, lo único que lograba ver eran

siluetas de rostros: rostros de hombres, mujeres y niños.

Al terminar ese primer pasillo, dos muros de unos tres pisos de alto se abren para dar paso al pasaje como tal. Al lado izquierdo estaba el muro trasero de una edificación a la cual se accedía por una puerta enrejada y a la derecha la fachada de un edificio de habitaciones. El lugar era como una urbanización escondida dentro de una montaña, como un hormiguero de humanos.

A lo largo del pasaje había gente en constante movimiento, entrando y saliendo de las habitaciones o subiendo al edificio de la izquierda. Casi sin excepción, todos tienen un cigarrillo de bazuco en la boca, lo cual inunda todo en una nebulosa olorosa.

Todavía no me atrevía a mirar a nadie, todo ese ambiente y ese olor revoloteaban sin orden en mi cabeza, también el miedo. Sin embargo, sentía que me miraban, entonces levanté lentamente mi cara y cuando alguna de esas miradas se cruzaba con mis ojos veía caras brillantes esmaltadas de sudor, de pómulos agrestes y frentes anchas, veía rostros de mujeres trasnochadas con los ojos flotando en ojeras de media cara, niños curtidos de calle con la agresividad tatuada en el cuerpo y con el miedo escondido en las ropas mugrientas y raídas.

El pegante industrial o sacol, como se le conoce, era particularmente atractivo para los niños. Le decían *juguito de naranja* por su color amarillo y ellos casi siempre llevaban una ración fresca debajo del brazo. Esas botellas, como el genio de la



lámpara, escondían la ternura que todavía tenían. Y Giovanni, cual Aladino, los frotaba con cariño y sus caras se tornaban melancólicas e indefensas.

En los cabellos de algunas de esas personas se reflejaba su andar callejero, las largas noches dormidas en andenes, tantas almohadas de cemento sentidas (por eso sus cabellos parecían de cabuya, engominados de grasa, de polvo y de calle). Sus ropas eran armarios que guardaban sudores, olores, un poco de comida, a veces, y nada de pertenencias, porque para ellos la propiedad se llevaba puesta o colgada en un costal.

Eran mujeres, niños, niñas, hombres, botando el humo del bazuco por sus bocas y guardando en sus pulmones sus desgracias. Algunos chupándole a una botella de pegante el almuerzo que no se consiguió o un sueño tranquilo que hace tiempo no se alcanzaba.

Eran los gamines, los loquitos, los desechables, los decentemente llamados habitantes de la calle, resignados a su futuro, a la tragedia de no haber encontrado otro camino para sus vidas, al rechazo de sus familias y de la sociedad y al llamado acogedor de la calle y de la droga que no discriminan y matan por iguales.

EL MONSTRUO DE SIETE CABEZAS

Entramos en una de las puertas laterales, que antes debió ser un pequeño apartamento de habitaciones, en donde cada pieza era como un punto de encuentro. En la primera, un grupo de muchachos, en cucullas, jugaba *rayita* con unas monedas. Más adelante, en una mesa, unas siete personas jugaban cartas.

La entrada a otra pieza estaba cerrada con un escritorio. Allí, un joven, que no se parecía a los otros que

había visto, que tenía la cara limpia, sin el rastro indeleble de la calle y de la droga, vendía papeletas de bazuco, marihuana y pepas.

—Lo que más se vende es bazuco y *bareta* —me dijo amablemente. Luego de conversar un rato comprobé que el muchacho no consumía drogas y que no vivía en la calle, estaba ahí cumpliendo su papel de hijo: “ayudándole a mi mamá en el negocio”.

—¿Cuánto vale el bazuco? —le pregunté.

—Trescientos pesos, y viene con un pedazo de pielroja, un cuero y dos fósforos —dijo, dándole la dotación a un hombre negro que hacía sonar unas monedas contra el escritorio.

(A ese muchacho y a sus dos hermanitos, días más tarde les matarían a su madre, Gloria, de un disparo en el pecho a la salida de la cueva. El ajuste de cuentas y la lucha por el dominio del negocio de la droga es un

ingrediente más de la vida en *Las cuevas*. Los dos hermanos menores son mellizos y Gloria siempre los mantenía impecables; desentonaban con el ambiente. Meses después de la muerte de Gloria vi a uno de los mellizos con el *juguíto de naranja* bajo el brazo).

El bazuco es un polvito rosado, compuesto de los residuos de la producción de la cocaína y revuelto con polvo de ladrillo, plátano molido, maizena, talco u otras sustancias que lo hagan rendir. La papeleta no trae más de un gramo, envuelto en papel mantequilla. Un cuero es un pedazo de papel de arroz en donde se arma el cigarrillo y el tabaco del pielroja se utiliza también para armar el *coso* o *cagado*, como le dicen al cigarrillo de bazuco. El tabaco se pone en el papel de arroz y se revuelve con el polvito de la papeleta, se envuelve, se prende y se fuma hasta que se quemén los dedos.

En general, los dedos de los bazuqueros tienen callos hechos por las quemaduras y la saliva que se echan. A algunos les gusta más fumar con pipa, la cual fabrican con la tapa plástica de una botella de brandy y un pedazo de papel aluminio agujereado con el que se tapa el orificio. El bazuco se echa encima del papel aluminio y se prende y por un orificio inferior, previamente acondicionado con una boquilla, aspiran el vapor. “Después de esto, el cielo” — me dijo un loquito mientras se pasaba los dedos callosos por la boca y con saliva aliviaba el quemón del fósforo.

CUARTA PARTE:
PISANDO FUERTE

“Sus habitantes sin filiación, ni trabajo conocido, también ocupan un lugar borroso en la nomenclatura social de Medellín. Nadie conoce su puesto entre la rebeldía y el abandono, entre el despojo y la renuncia. ¿Son los desheredados de la tierra? ¿Son los mártires modernos? como dice uno de ellos. ¿Son los locos? ¿Son desechables?”

Carlos Sánchez.
El contrasueño.

Las Cuevas son como un club social, en donde los asistentes se reúnen a fumar unos “habanos”, pero de bazuco y de marihuana, a tomarse unos “tragos”, pero de alcohol puro y a disfrutar de los juegos de azar y de “la compañía de los amigos”; pero con la diferencia esencial de que “luego de pasar un rato agradable en el club”, los asistentes no tienen a dónde ir y que, además, allí también vive gente. En esas estrecheces tienen a sus hijos y los levantan. Como toda cueva, ésta también es un refugio que ofrece seguridad.

En el cuarto en el que estaba fácilmente podía haber veinte personas y todas estaban fumando bazuco y tras cada bocanada de humo que lanzaban al aire, el ambiente se llenaba de ese olor dulce y áspero que me hacía pensar en un plato de pedacitos de ladrillos calientes bañados con miel (y no es que ese humo me hubiera puesto a alucinar). Más adentro, el olor se iba cargando del hedor que desprendían las heces de las letrinas, del sudor añejo de

las gentes que se aferraba a las paredes y la miel olía rancia

“Qué le pasa hermano” — le dijo Giovanni a alguien que estaba tirado en un rincón y envuelto en unos trapos. La persona no se movía y a cada empujón que Giovanni le daba, tosía. Era una tos cargada de flema y con el sonido crepitante y desgarrador de unos pulmones enfermos. “Ya fue donde el médico o ¿no?” — Giovanni esperó y no encontró respuesta.

Al lado había otro hombre que envolvía un bazuco y lo pegaba con la lengua. Estaba *embalado*, así le decían a quién se dejaba acariciar por los dedos largos y escurridizos del humo del bazuco que iba entrando, sin afán y sin remordimientos, por nariz y boca. A su paso el humo enfriaba y entumecía la lengua y luego, cuando llegaba a la sangre la perturbaban haciéndola correr sin freno. Más tarde, como si quisieran abandonar ese cuerpo agitado, se iba para los ojos y obligaba a las venas a dilatarse buscando salir.

El hombre *embalado* trataba con dificultad de explicar que el sujeto llevaba varios días ahí tirado; Giovanni volvió a moverlo: “Hermano hay que levantarse, si no esa tuberculosis nos va a matar”. Esas palabras eran una súplica, porque en ese lugar, en donde el aseo es tan escaso como la comida, y las infecciones y la humedad tan abundantes como el abandono de las personas, las enfermedades se reproducen con mucha facilidad.

La mayoría de las perso-

nas que frecuentan este lugar tienen problemas respiratorios, enfermedades de la piel y trastornos intestinales. El hombre siguió tendido y Giovanni continuó recorriendo los cuartos haciendo una ronda médica.

No es difícil hablar con ellos y de cualquier "hola" brotan historias, historias de desarraigos y de conflictos. Muchos están así porque "me dio la gana", porque "no soportaba más a mi familia" o porque "perdí a mis seres queridos". Muchos se quieren rehabilitar, pero en el fondo sienten que esa vida no la para nadie.

—Todo drogadicto es un enfermo — me dijo Juan Camilo. Ocultó su rostro entre las manos y el fósforo con el que encendió un cigarrillo de bazuco le iluminó la cara. —"Ese concepto hoy lo está entendiendo la sociedad. Todo nace en la niñez. Los drogadictos somos enfermos, productos de vacíos afectivos: falta de amor, amistad, comprensión".

Bajó la cabeza y volvió a encender el cigarrillo de bazuco que se había apagado en su mano: "El más enfermo de los enfermos de la droga soy yo, la droga es una atadura y yo estoy atado. En la droga hay una relación de seres espirituales negativos o fuerzas del mal".

Juan Camilo volvió a hundir su rostro y con cada fumada se tomaba más en serio la conversación: "La atracción del hombre por el bazuco es simplemente satánica. El bazuco químicamente, y no me lo estoy

inventando, si quiere averigüelo, reúne los olores genitales del hombre y de la mujer, uno busca satisfacción sexual en el bazuco" — El olor del lugar volvió a mí mente, pero la teoría un poco psicoanalítica de Juan Camilo no tuvo efecto en mí; yo seguía pensando en mis ladrillos con miel.

Giovanni se acercó, saludó a Juan Camilo e interrumpió la conversación: "Esto es un monstruo, un monstruo de siete cabezas que nos está consumiendo". En 1999, *Papá Giovanni* realizó un censo de la población indigente de las cuevas, el cual arrojó una cifra de más de seiscientas personas.

— Vamos para afuera. — me dijo Giovanni. En la entrada del pasaje se detuvo y señaló un lugar en la acera junto a un poste de la luz: — Ahí cayó un hombre muerto un día que estábamos en una fiesta aquí en el barrio. Me recosté en el muro a escuchar la historia.

El hijo de doña Graciela^{*} es un muchacho bastante extraño, sobre todo por lo callado. Tiene unos 25 años y aunque ya está rehabilitado vivió una larga temporada en *Las Cuevas*. Allí estuvo muy solo y su única compañía fue una rata que todas las noches iba al cambuche en donde él dormía.

En *Las Cuevas*, las ratas tienen su tierra prometida y al encuentro de aquel muchacho, un día, había llegado una que decidió volver todas las noches. Él la adoptó y comenzó a darle comida. Pronto, ese ritual fue afianzando entre ambos una

relación muy estrecha de cariño y supervivencia: Esa rata era su mascota, su compañera y ella, mientras fuera a visitarlo, tenía su comida segura.

Cierto día, como sucede con muchas relaciones afectivas, alguien se interpuso entre la rata y el muchacho. El destino quería que ese joven siguiera solo y había mandado un enviado a cumplir sus designios.

Era un día especial en Barrio Triste. Uno de tantos que ha organizado *Papá Giovanni* para llevar atención médica a los indigentes. El cuarto de Giovanni era una enfermería improvisada con médicos y enfermeros de la Secretaría de Salud; en la acera del frente de *Las Cuevas*, junto a un hidrante quedaban "las duchas", — requisito previo para recibir la ropa de segunda, pero limpia, que les regalaban a los indigentes, al otro lado de la acera. En una inmensa olla hervía un sancocho y al frente del bar *La Rosa* había una tarima con altoparlantes, música y animadores. Todo el mundo estaba de fiesta, estrenando ropa y corte de pelo.

El muchacho no había querido salir. Estaba acostado con la rata en el mismo rincón donde dormía siempre en uno de los cuartos del pasaje. No se quería levantar, además, él no era de fiestas ni regalos. Estaba así cuando llegó un hombre, embriagado de humo de bazuco, embotado en su traba, y dejó caer, con la fuerza de su peso, una zapatazo que aplastó a la rata.

* Nombre ficticio.

Así acabó la vida de ese animalito que despertaba profundos sentimientos en el ser hermético del muchacho. El golpe fue brutal para él; nublado por el estruendo de su alma vio sus manos convertirse en el hacha que hacía unos instantes yacía en el rincón y, filosa y rabiosa, enmudeció de un solo golpe el corazón de aquel asesino de pies pesados. El hombre herido de muerte logró cruzar del pasaje y salir de *Las Cuevas*, para dejar caer la osadía drogada de su cuerpo cerca al poste de la luz.

Seguíamos en la entrada de *Las Cuevas*, Giovanni recostado en el poste de la luz y yo al frente escuchándolo: “La soledad a veces es tan hijueputa, hermano, que yo, que odio las ratas, que las veo y no hay resorte que se parezca a mí para brincar, cuando estaba en la cárcel, más solo que el diablo, me sentaba en una alcantarilla y les tiraba comidita y así me quedaba ratos... y ratos... viéndolas comer.

QUINTA PARTE: CAMINA GUERRERA, QUE TU HIJA ESTÁ DORMIDA

Camina, camina guerrera y luchadora/Por las calles blandas por el sol/Con tus callos como rielés para el mejor tren/A la velocidad del sudor/Y la resistencia a la ansiedad del veneno/Que es lo único que encuentra/Para que mime tu rostro/Camina y lucha buscando lo tuyo/Porque tu sangre y tus poros/Están sembrados aún/En los mugrosos y ruidosos plásticos del viento/Camina y señala al monstruo/Petulante, rico y

gigantesco/Que vimos parado y asustado/El día que te despediste/No dejes de apoyar tu eco/Con un grito a la distancia/Reclamando oídos humanos y no ojos,/Porque aún siguen ciegos/Camina y recuerda tu lindo hogar,/El abuelo árbol que le sonreía/al gracioso sancocho que servía tu enamorado/Mientras los juguetes viejos/Adornaban tu ternura/De cuatro viejos... fuertes cartones/Camina por favor, pero no llores/Que tu hija está dormida.

23-07-98 III aniversario
Luz Dary.

Giovanni Patiño (Escrito en un cartón paja y colgado en la pared de su cuarto).

A Jennifer, la niña que estaba con nosotros al principio, no la había vuelto a ver. El barrio lucía muy despejado y tranquilo. En el cielo se veían las estrellas y como en un espejo, la luna encendía las estrellas metálicas del pavimento. Al otro lado de la calle varios loquitos se reunían en torno a una fogata, no había carros y sólo el bar *La Rosa* seguía abierto.

—Vamos para el cuarto que aquí abajo nos empiezan a molestar y no nos dejan conversar —dijo Giovanni y comenzamos a caminar.

En el tocadiscos del cuarto sonaba una canción de salsa, la niña estaba otra vez sentada en el colchón y cuando nos vio volvió a introducirse en la botella. Giovanni cogió un cartón paja que tenía colgado en la pared y me mostró un poema que había escrito. “Lo escribí cuando se murió Luz Dary” —me dijo.

El viernes 22 de julio de

1995 llegó al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar una denuncia: En Barrio Triste, el propietario de un taller de mecánica le estaba pagando a unas niñas para que ejercieran la prostitución con él.

La denuncia la recibió la trabajadora social Carmen Lucía Gallego. El Defensor de Familia redactó las órdenes necesarias y organizó una operación con la Policía de Menores para ir por las niñas.

Ese mismo día, en las mangas de la oreja del puente de la avenida San Juan sobre el río Medellín, Maya, un reciclador que había construido su choza debajo de un árbol, se levantó temprano para ir a trabajar, se vistió, cogió su costal y se fue para la Minorista a recoger cartones, plástico y vidrio. En esa casa hecha con cartones, pedazos de madera y plástico, vivían Maya, su esposa Luz Dary y su hija Lina María de cuatro años.

Luz Dary se despertó un poco más tarde, se arregló, vistió a Lina María y, al igual que su esposo, se puso en camino de la Minorista a buscar desayuno. Más tarde iría a la ferretería *J. Velásquez* a hacer aseo y a ganarse unos pesos.

Luz Dary era una chocoana de unos treinta años de edad, de contextura normal y muy extrovertida. Además de ser indigente, era recicladora, buena bailadora de vallenatos y tenía una familia debajo de un árbol. También era drogadicta. Ese día, después de ganarse unos pesos en la ferretería, a eso de las tres de la tarde, se fue para *Las cuevas* con su niña.



En realidad, nunca se separaba de ella ni siquiera cuando consumía la droga.

Entró en el primer pasaje y se fue hasta la última pieza. Allí, en un espacio de unos cuatro por cinco metros, se reunió con otras quince personas aproximadamente, armó el primer cigarrillo de bazuco y comenzó a fumar. El lugar era como todos los cuartos en *Las cuevas*: húmedo, oscuro, con un ambiente pesado, cargado de olores a sudor, a ropas mugrosas y hedores de excrementos.

A las cuatro de la tarde llegó a Barrio Triste el carro oficial del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar en compañía de una patrulla de la Policía de Menores. Como la fama de *Las Cuevas* es innegable, fue ahí donde comenzaron la búsqueda de las niñas.

Luego de entrar a varios cuartos Carmen Lucía, la trabajadora social, hizo abrir la habitación en donde se

encontraba Luz Dary con la pequeña Lina María. “El lugar era muy frío, espeluznante, olía a heces y a unos químicos pero éstos no eran de olor desagradable. También olía a orines y a sudor. El piso era húmedo y blandito, cuando pude ver me di cuenta de que la fragilidad del piso era por las grandes cantidades de picadura de tabaco que había regadas” —me dijo la trabajadora social.

En el fondo del cuarto estaba Lina María, un poco asfixiada y con la nariz muy congestionada. Cuando Carmen Lucía vio la niña de inmediato llamó al Defensor de Familia para retirarla de ese lugar. Cuando el Defensor procedió a retirarla, Luz Dary se apresuró a detenerlo, pero de nada le valieron las súplicas y los ruegos. Entonces se tornó violenta y tuvo que ser contenida por los agentes de la policía, quienes la maltrataron, la golpearon y le recordaron

que si perdía la niña era por su culpa. “Yo traté de explicarle a ella que a la niña nos la llevábamos hasta que ella consiguiera un lugar en donde dejarla, pero es posible que ella no me entendiera” —me dijo Carmen Lucía.

Ese viernes nadie volvió a saber nada de Luz Dary. Cuando Maya regresó a la casa debajo del árbol no encontró ni a su esposa ni a su hija. Luz Dary no apareció sino hasta el sábado por la tarde, muy descompuesta. Para ese día ya Maya la buscaba como un loco por todo Barrio Triste, porque se había enterado de lo sucedido. «Cuando ella llegó al rancho estaba muy mal, se puso muy enojada conmigo y me echaba la culpa de que se hubieran llevado a la niña y no paraba de llorar. Después de un rato se acostó y yo me fui a trabajar» —recordó Maya

En la noche la fiebre abrigó todo el cuerpo de la negra y los dolores abdomi-

nales casi no la dejaron respirar, sin embargo nunca dejó de hablar de Lina María. Maya trató de conseguirle alguna ayuda, pero a Luz Dary nada le sirvió. El domingo comió poco y siguió con mucho malestar y enfadada con su esposo. Por la noche llamó a Maya y le dijo:

—Negro, sin la niña nada vale la pena.

—No diga esas cosas, vea que se pone peor —le dijo Maya. No habló más en toda la noche y en la madrugada él se dio cuenta de que su mujer estaba muerta.

En el cuarto en donde estábamos la niña, Giovanni y yo, debajo del cartón paja también había la fotografía de un velorio... “A Luz Dary, yo la denomino: ‘la indigente que murió por amor’ —dijo Giovanni—. Dijeron que se había muerto por un problema hepático o algo así, que le restaban dos días de vida, pero yo no creo. La negra era una atleta, así le digo yo, porque era recicladora y la jornada es muy dura, comienza muy temprano y hay que caminar todo el día. En el barrio le decían *La Gallina* y la querían mucho, tanto que la hija del dueño de la ferretería *J. Velásquez* le daba trabajo. La chocoana era muy carismática y le gustaban mucho los vallenatos, de pronto por eso le tomé tanto cariño. El único problema era que le gustaba el bazuco y tenía una niña muy pequeña. Vivía con ella y con su marido en la chozita de plástico debajo de un árbol, los domingos no trabajaban y se les podía ver jugando con la morochita en las mangas, debajo del puente.

Yo me di cuenta de que se murió porque un lunes, me acuerdo muy bien, Maya se me acercó y me preguntó que si yo le podía ayudar para el entierro de Luz Dary. Para mí fue un golpe bajo porque la morocha era una mujer que se hacía querer mucho, entonces decidimos hacerle un velorio y un entierro digno, porque esa mujer se había muerto de amor y de dolor, porque no fueron capaces de explicarle lo que iba a pasar con su niña a una pobre indigente, analfabeta y drogadicta y todo el mundo tenía que saber que la gente de la calle también se muere dignamente y así también se le entierra”.

SEXTA PARTE: LA NIÑA SALE DE LA BOTELLA

PAPÁ SACOL

«A Jennifer la vi por primera vez en *Las Cuevas*, estaba acostadita en un rincón, y envuelta en unas cobijas. Tenía un perrito y dormía acurrucada con esa almohada de pulgas. Ahí donde usted la ve, en octubre, va a cumplir dieciséis años. Ella es de mucha trascendencia para mí, yo recuerdo, por ejemplo una vez, cuando ella tenía más o menos seis años, que yo estaba muy borracho. Habíamos bebido toda la noche en *La Rosa*, era muy tarde y entré al pasaje a darle el besito de buenas noches como lo hacía siempre. Cuando llegué, con una rasca enorme, vi a la niña que estaba en el rincón donde dormía, de espaldas y arrodillada. Oí que decía algo y me acerqué sin hacer

ruido, estaba rezando, no la quise interrumpir y me quedé escuchándola. La niña rezaba y le pedía a Dios que me ayudara, que yo estaba muy borracho y que me cuidara, no lo podía creer: ella, viviendo en ese rincón todo húmedo, acostada en las pulgas de su perro y pidiéndole a Dios que me cuidara a mí. Vea hermano, el papá, el papá de esa niña soy yo. El papá del sacol si quieren, así la gente me señale, pero algún día comprenderán como son las cosas”.

YO TAMBIÉN CUMPLO QUINCE AÑOS

La niña seguía sentada en el colchón y sin pronunciar palabra. Giovanni se balanceaba en la silla, la miró y continuó hablando:

“Cuando estaba muy pequeña y veía una mujer grande bailando y en fiestas me decía que ella quería ser así. Un día le dije: Tranquila hija que usted también cumple quince años, y si esa mujer baila y suda, usted también puede bailar y sudar y si ella se pone un trapo rojo, usted también puede”. Pasaron los años y le organicé una fiesta que cualquier quinceañera hubiera querido...”

Días antes del cumpleaños Giovanni comenzó a recoger plata en el barrio, porque la idea era hacer una fiesta con todas las de la ley. Entonces mandó a imprimir tarjetas de invitación y vinculó a todo el barrio con la idea.

Un mecánico amigo prestó el columpio para sacar los motores de los carros con el fin de que lo

adaptaran como en las películas, en las que se ve a la quinceañera columpiándose en un arco lleno de adornos y de rosas. Por medio de otros amigos se contactó a la emisora *Latina Stereo*, la cual tenía un programa llamado: "Salsaludando desde los barrios" y ésta se comprometió a hacer la transmisión ese día desde Barrio Triste. Y una amiga peluquera se ofreció para peinar y maquillar a Jennifer.

Se llegó el día y la niña se fue para el salón de belleza, pero ella nunca había estado en lugar así y peinarla por poco causa una tragedia. Para Jennifer, cumplir quince años no significaba nada, por eso seguía su vida común y corriente aferrada a su botella de sacol.

Luego de lavarle el cabello, la peluquera sacó un secador para intentar hacerle un peinado. ¡Un secador! Jennifer, que nunca había visto un aparato semejante, acostumbrada a la vida en la calle, sintió su vida en peligro. Ese aparato amenazador, apuntándole a su cabeza, le calentó sus instintos de conservación y por poco la que resulta herida o "peinada" fue la señora peluquera. Afortunadamente el incidente fue superado, aunque el peinado nunca se logró hacer.

Sin embargo, allí no pararían los inconvenientes, porque mientras esto pasaba en la peluquería, en el barrio a Giovanni no le iba mejor. La calle estaba reluciente como nunca, el columpio adornado con rosas en su lugar, las invitaciones reparadas, la niña en la peluquería y los regalos comenzaban

a llegar, pero faltaba el vestido.

Con lo poco que le quedaba de la colaboración de los vecinos, Giovanni se fue para Guayaquil a conseguir un vestido. En un *agáchese* consiguió uno rojo de segunda. Cuando regresó, Jennifer ya estaba en el cuarto que queda encima del bar *La Rosa*.

La niña continuaba en su "viaje" sin reparar el movimiento que había en torno a ella. Los regalos seguían llegando y uno de ellos fue una sudadera que se puso en el acto, de resto si le daban un anillo: "me importa un culo", decía, si era una blusa "désenla a mi mamá", tan sólo quería su sudadera y que la dejaran quieta. Llegó Giovanni con el vestido en la mano y se encontró con que no había poder humano que le hiciera quitar la sudadera:

—Mirá que vestido tan lindo te conseguí —le dijo Giovanni

—Me importa un culo —le respondió Jennifer sin ningún problema.

Afuera, la calle comenzaba a llenarse de gente, los carros prendían sus pasacintas y esperaban que llegara *Latina Stereo*, la prensa se había enterado y ya comenzaba a llegar. Pero nadie lograba persuadir a la niña de ponerse el vestido. El desespero se apoderaba de Giovanni:

—Mi amor, mire que se le ve muy bonito.

—Yo no me quito mi sudadera ni por el putas —le respondió.

—Bueno, lo que usted quiere es hacerme quedar mal, ¿cierto? —contraatacó Giovanni. La niña lo miró extrañada—, entonces voy a

salir y que todos se burlen de mí.

—Espere —le dijo Jennifer—, me la pongo, pero sólo un ratico.

Giovanni se asomó por la ventana del *Taller Morey* y vio la calle llena de gente: Vino gente desde Bogotá a ver la fiesta y estaba el elenco de *La Vendedora de Rosas*. Regresó al cuarto y tomó a la niña, la cargó y empezó a bajar las escaleras al tiempo que sonaba por los bafles de *La Rosa* "Quince Primavera". El alboroto fue general, todo el mundo aplaudía y cantaba. "Eso es para que llorara hasta mi mamita que tiene ciento y punta de años" —dice Giovanni con emoción.

Abajo, el primero que la sacó a bailar fue un policía uniformado, tal vez ese sea el único recuerdo que se tenga de la Policía bailando con los indigentes de Barrio Triste; los hombres hacían cola para bailar con ella, llovían los regalos y la champaña, la niña se montó en el columpio y los fotografías a lo suyo. En el lugar había fácilmente 1500 personas, llegó *Latina Stereo* y todos los pasacintas del sector retumbaron: "¡Un salsaludo muy cordial, hoy desde Barrio Triste acompañando a Jennifer en sus quince años!".

En ese momento las lágrimas de Giovanni, tanto tiempo estancadas, se desbordaron. *Papá Giovanni* lloró de emoción al ver a esa niña que se había levantado a su arrullo, tratando de ser una mujer.

Giovanni intentaba atender a todos los que querían estar con él, le ofrecían aguardiente, cerve-

za, los periodistas lo buscaban, finalmente se tuvo que esconder porque no soportaba el asedio de tanta gente. Un poco más tarde los periodistas lograron entrevistar a Jennifer:

—¿Por qué *Papá Giovanni* le hace esto? —le preguntaron. Jennifer, que a pesar de sus “viajes”, sabe muy bien donde está parada, contestó:

—Porque yo lo quiero mucho desde que era niña y el día que me falte me le tiro a un carro.

No entendían los periodistas que él era el verdadero papá de esa niña. Que fue el primero que se enteró de su primera menstruación y hasta hoy le compra las toallas, que fue él quien hizo hasta lo imposible por comprarle un televisor para no verla por ahí triste y aburrida, que es el que más ha luchado para quitarle el vicio del sacol, que es el único que sabe de verdad qué tan importante es esa botella en la vida de una niña que no tiene más futuro que morir en las calles o ser consumida por el pegante.

Jennifer vivía en una de *Las Cuevas* con su mamá y su hermana, quienes se ganaban la vida vendiendo drogas. Por eso, así parecía

conmovedor, no es raro que Jennifer no le encuentre sentido a su vida y algún día se le tire a un carro si su *Papá Giovanni* le falta.*

Otra vez estábamos en el bar, ya la noche hacía de las suyas y en la entrada algunos jóvenes saludaban a Giovanni. Él fue a la barra y regresó con dos cervezas y empezamos a hablar de la película *La Vendedora de Rosas*.

—Barrio Triste es el Holywood de Medellín —dijo Giovanni

Fue mucha la influencia que trajo la película *La Vendedora de Rosas* para los habitantes del sector. Aunque antes de hacerse famosos todos aceptan que lo único que les interesaba era la plata, hoy reconocen la importancia de haber tenido la oportunidad de darse cuenta que la vida no sólo es la calle. El caso de *Papá Giovanni*, junto con el de *Lady*, es, quizás, el que más muestra las consecuencias de la película. Gracias a ella, logró entrevistarse con el ministro de salud Virgilio Galvis y le pudo exponer personalmente el sueño que ha tenido siempre: montar un servicio de salud especializado en la atención de los

habitantes de la calle. “Mi sueño es poder montar el *Papá Salud* y después de hablar con el ministro yo creo que hay muchas posibilidades”.

Las dos cervezas se acabaron pronto, las horas de la madrugada hicieron su aparición en el reloj del bar y una mujer en la barra dijo que era hora de cerrar. Salimos y en la entrada del bar me dijo:

—Vuelva cuando quiera hermano que así nazca un Hitler aquí en Colombia a la indigencia no la acaba nadie.

No dije nada y comencé a caminar. Atrás quedó Giovanni, recostado contra una viga del bar, mirando el paisaje de su barrio, ya no esperando un atardecer como me pareció al principio, sino aguardando el alba que, una vez más, le recordaría que todavía tenía todo por hacer.

** Meses después de escrita esta crónica, el sábado 5 de agosto del 2000 el cuerpo de Jennifer fue encontrado enterrado en el cementerio de Barbosa (Antioquia). Los asesinos la violaron, le dispararon y luego la arrojaron al río.